



Árboles. Algunas reflexiones sobre el Hombre, la Naturaleza y el Arte

*Trees.
Considerations and thoughts about Man,
Nature and Art*

■ Francisco Valle Poo

*Bajo la sombra del árbol,
serenos momentos de meditación.
Sinergias que invitan a trascender la propia esencia de las cosas,
las circunstancias del devenir inmediato.
Árbol que se muestra silencioso. Ensimismado. Como ausente.
Palpita, sin embargo, su carne vegetal.
Belleza improbable que no puede dejar indiferente a nadie.
La cruel belleza de lo inalcanzable,
límite dramático trazado por la Naturaleza de todo ser vivo.
El supremo Dios de la Vida y la Muerte es tejo.*

■ Buscamos uno de esos árboles fabulosos como paradigma de los de su género. Y aquí, sentados bajo la sombra que brinda la imponente envergadura del anciano tejo de Bermiego, reflexionamos sobre el inmenso poder que encierra su durísima carne de madera. Este tejo tal vez milenario es arquetipo de los de su clase en todas latitudes. Árbol sagrado que nos acerca a las culturas milenarias, al sentir de lo vegetal que existía en tiempos remotos y hoy se ha perdido de la mano de la insensibilidad y la estulticia.

Es éste un árbol símbolo. Árbol de la vida y la muerte; árbol hierático que dimana una fuerza de la que es difícil sustraerse.

Tejo de Bermiego, situado cerca del pueblo que le da el apellido, en el concejo asturiano de Quirós. Asombroso corpachón de madera, tronco formidable que parece producto de la con-

El autor es periodista y escritor. Vive en Llanes (Asturias, España).

junción de numerosos otros pequeños tejos juntos desde tiempo inmemorial, compartiendo sustancia y avatares y siendo modelado lentamente por ese implacable cincel de tiempo puro. Venerable tejo de arrugadas carnes, fragmentadas, escarificadas y purulentas en las llagas que, húmedas, muestran aquí y allá el palpitar acuoso de su sabia que es veneno mortal para el hombre. Pasamos nuestras manos por su corteza cuarteada y rugosa sintiendo en el abrazo la enorme adiposidad acumulada tan lentamente que nos produce vértigo. Casi podríamos decir que este soberbio árbol era así cuando nacimos y seguirá siéndolo tras nuestro óbito. ¿Cómo fue capaz de acumular toda esta ingente masa muscular pétrea y cálida, palpitante e inerme que se concentra en esencia de tejo bajo nuestras manos?

Vemos los rojos arillos, delicados puntos encarnados entre la oscuridad del denso follaje, como la más clara manifestación de vida de este gigante. Bayas que son única parte del árbol no tóxica, exenta de la taxina, un potente alcaloide letal para casi todos los seres vivos. Convivimos pues con la propia muerte aquí bajo las espesas ramas del tejo de Bermiego, o *Texu l'iglesia* por ser compañía de la modesta construcción que canaliza la mística del pueblo usurpando la función que con anterioridad ejerció el árbol sagrado. Tejo de cualidades peculiares, tóxicas y medicinales, pero también mecánicas gracias a una madera de gran dureza y resistencia a la frotación y la humedad. Utensilios contruidos con madera de tejo sobrevivieron miles de años como el hacha hallada en Clacton, Gran Bretaña, probablemente con más de 50.000 años de antigüedad.

El tejo nos acerca a la Tierra. Su oscura copa acumula energías capaces de transformar nuestro estado de ánimo. Por eso, desde aquí, junto al tronco magnífico de este tejo asturiano, emprendemos el viaje instantáneo que sólo posibilita la literatura para acercarnos a una de las sabinas de la isla de Hierro en el extremo opuesto de nuestro país. Sentimos con las manos el rugoso tronco que se retuerce y parece doblarse a las fuerzas de la Naturaleza. Sabina anciana y modesta, cediendo en un contorsionismo dramático que hace arrastrar sus propias ramas enmarañadas y retorcidas. Sabina del Hierro, centenaria y magnífica, capaz de emocionar a quienes nos acercamos hasta ella y disfrutamos de las caricias de sus curvas, del olor de sus aromáticas hojas, mientras contemplamos a su lado la inmensidad del mar que se confunde con los cielos canarios de densa atmósfera, y el viento silba entre sus apretadas ramas y entresijos.

En Icod de los Vinos, sin abandonar el archipiélago canario, vive el anciano drago al que tenemos por el más anciano de los árboles españoles. Casi tres veces milenario, el drago es como un gigantesco ramito de té silvestre de dimensiones extraordinarias: 20 m de diámetro del tronco y 17 m de altura. Venerable ejemplar que nos deja en nuestro sitio, bien insignificante proporcionalmente, en el devenir histórico.

Podemos proseguir el viaje que nos llevaría por todos los grandes árboles, ancianos unos, otros de apabullante envergadura, sumados otros en preciosos hayedos o robledales, o en solitarias encinas o quejigos¹. No importa dónde, siempre el árbol nos ha de acompañar por esta

¹ "Leyendas vivas" es un proyecto de catalogación, conservación y divulgación de los árboles más singulares del territorio español con el que se puede colaborar y consultar en: www.leyendasvivas.com

tierra en la que, según la leyenda, aunque inexacta, bellísima, hubo una época en la que era posible cruzar la Península ibérica sin necesidad de bajarse de las ramas de los árboles.

* * *

Nos emocionó escuchar a José Saramago la siguiente frase: "mi abuelo, Jerónimo, pastor y contador de historias, que, al presentir que la muerte venía a buscarlo, se despidió de los árboles de su huerto uno por uno, abrazándolos y llorando porque no los volvería a ver"². Es una de esas pequeñas historias individuales que sabiamente narradas perturban los sentimientos íntimos de quienes las escuchan. Sin embargo, es evidente que nos dejan más huella por ser excepción antes que norma.

Hombre sabio es aquel capaz de apreciar y disfrutar las cosas esenciales de la vida. Es sabio porque sólo un conocimiento muy preclaro permite ver algo más allá de las propias narices. La sociedad actual, embarcada en un progreso tecnológico que se convierte en espejismo de desarrollo sin fin, está, no obstante, dando la espalda a lo esencial que es el medio en que todo se desarrolla, la Naturaleza que resulta para algunos tan lejana como aparentemente prescindible. Es evidente que nada nos quedará sin ella, sin sus beneficios directos que nos son indispensables para sobrevivir. Ella nada necesita de nosotros y por eso al final siempre gana. La podremos mancillar, maltratar, destruir en alguna de sus partes, pero después se recuperará de la misma o de otra manera diferente y seguirá cuando ninguno de nosotros sea siquiera un recuerdo. Al final sólo nosotros perdemos.

Por eso mismo es asombrosa la irreflexiva agresión que sufren los árboles constantemente. Seres vivos indefensos, generosos y amigables como pocos. Plenos de cualidades y virtudes, de ellos todo es útil para el ser humano³ empezando por su capacidad para retener agua. Ignacio Abella nos ofrece esta imagen que debería invitar a reflexionar a algunos: "El árbol es una nube anclada a la tierra"⁴. Llegamos a estados de desertización, a dramáticas situaciones de escasez hídrica, y se sigue mirando al cielo esperando milagros que no existen y soluciones que no son viables. Sabemos que sólo nos queda una posible solución que no es precisamente de resultados inmediatos, la reforestación. En 1925 publicó Martín Chico, "insigne maestro de Illescas", un delicioso librito titulado *Mi amigo el árbol*⁵ donde, con la ampulosa prosa de

² Lectura del discurso de aceptación del galardón premio Nobel de Literatura 1998: *De cómo el personaje fue maestro y el autor aprendiz*.

³ Como simple ejercicio de recuerdo: generadores del oxígeno indispensable para la vida; purificadores de los gases contaminantes que vertimos a la atmósfera; generadores de la materia prima más preciosa utilizada por el hombre: la madera; productores de fruta; protagonistas de los más bellos paisajes, etcétera.

⁴ Ignacio Abellá. *La magia de los árboles*. Ed. Integral, Oasis, SL., 1996.

⁵ En el mes de abril de 2005, con motivo de la celebración de los 20 años de existencia de la Asociación para la Recuperación del Bosque Autóctono (ARBA) y los 10 años de la Asociación Española de Arboricultura (AEA), se publicó la edición facsímil de la tercera edición del libro *Mi amigo el árbol*, de Martín Chico Suárez, publicado en Barcelona en 1925.

la época, ofrecía a los niños algunas máximas que hoy son aún más útiles que entonces: "Cubriendo de árboles nuestras montañas establecemos comunicación entre la tierra y las nubes". "No hay agricultura posible sin bosques, y no hay bosques donde los pueblos no sienten amor al árbol". "Repuebla las montañas y ensancharás en pacífica conquista el suelo de la Patria". "Si contemplas el valle fecundo y surcado por mansas corrientes, alza la vista y hallarás el monte poblado de árboles".

En las antípodas está el párroco que no duda en clavetear sobre el poderoso tronco del tejo, bajo el que se construyó la iglesia, el tablón de anuncios de sus pírricas liturgias y santorales. El funcionario que saca a la calle los bandos y resoluciones para brutalmente fijarlos con chinchetas o grapas al cuerpo indefenso del roble que multiplica su edad y con un poco de suerte seguirá haciéndolo tras la desaparición de la corporación municipal. El constructor que no tiene empacho en colocar sin ningún miramiento un gigantesco cartel promocional de su discutible negocio sobre dos grandes arcos o plataneros ahorrándose la estructura. El director del colegio que tala los hermosos olmos del patio para evitar la caída de las hojas y el consiguiente problema de limpieza. El alcalde que ordena la mutilación salvaje de los árboles de paseos y avenidas apenas empieza en sus hojas a asomarse el otoño para, y no existe ninguna otra explicación factible, hurtar a los vecinos y visitantes las hermosas tonalidades otoñales pigmentando parques, avenidas y paseos para ofrecer a cambio árboles amputados, retorcidos en su desnudez, privados ellos y los paseantes del bello proceso natural del cambio de estación. El contumaz intento de algunos arquitectos, "grafiteros del espacio", por conseguir que los árboles no puedan impedir su patético lucimiento. Constructores que no tienen reparo en llevarse por delante encinas, castaños, robles..., y en su lugar llenan el espacio de hormigón y desolación. Completa el círculo de descerebrados el pirómano, el enfermo por el placer inexplicable del fuego y el enfermo de codicia o de maldad pura.

* * *

Vivimos los humanos desde que nos hicimos un hueco en este mundo unidos al árbol que nos aventaja en presencia en este planeta miles de años. A su sombra nos cobijamos, de él obtuvimos alimentos y útiles para nuestro desarrollo; son suyas las materias que sustentan lo más refinado de nuestra cultura. El papel da soporte a todo el conocimiento acumulado por el hombre a lo largo de la Historia. Los grandes monumentos literarios lo son tanto por el escritor que los pergeñó como por el papel que les dio soporte. Las grandes fórmulas matemáticas y físicas⁶, los tratados y las representaciones gráficas de los descubrimientos, los mapas y las fotografías tienen mucho que agradecer al árbol.

Pero es en la más elevada manifestación artística del hombre donde interviene el árbol como pieza esencial. La voz de la madera es clave. Stradivarius lo sabía. Lo saben todos los *lu-*

⁶ No sólo por el inspirador suceso de la manzana y Newton.

thier que en el mundo han sido y serán. Arce, abeto, pernambuco, ébano, palo de rosa... Cada madera con su color, calor y sonido dan a la música la calidad característica del instrumento. De acuerdo que también intervienen tripas y rascadores⁷, por no hablar del metal, pero es el secreto de la construcción de las cajas de resonancia de los instrumentos lo que distingue unos de otros. Por eso podemos decir que la voz de la música es de madera⁸.

Imaginamos el primer tam-tam producido por el garrote del primitivo antepasado sobre el tronco hueco de un árbol. Los primeros silbatos y artilugios que dieron a esta especie nuestra el marchamo cultural que la diferencia sustancialmente de cualquier otra.

Si la música es la más elevada de las creaciones humanas⁹, el arte se manifiesta de otras muchas formas. El árbol adquiere en algunas de ellas un papel importante tanto como soporte como objeto representado. Apenas existen las imágenes de árboles en las pinturas rupestres, sin embargo, algunos útiles y pigmentos empleados proceden de ellos. Tribus de todo el mundo utilizaron la madera para confeccionar máscaras y tótem, pero fueron los maoríes de Nueva Zelanda los que consiguieron extraer de la madera las más maravillosas tallas. Un artesano egipcio vaciaba en una impresionante pieza de madera el retrato de Hesire cuando faltaban aún 2.700 años para el comienzo de nuestra Era. Otro más próximo a nosotros, hace unos 3.400 años, con hermosos pigmentos de color decoraba una tumba en Tebas con un estanque animado por peces, patos y nenúfares rodeado por árboles de distintas especies. Recuperamos mucho tiempo después la pintura de árboles en los frescos de influencia helenística de Pompeya, Stabia o Herculano. Son muestras, algunas de gran calidad¹⁰, del tipo de pintura que debió de ser tanto la romana como su predecesora helénica.

Entre tanto en Oriente se desarrolla un arte muy ligado a la Naturaleza y pronto cargado de influencias religiosas. Los chinos elevaron la categoría del pintor hasta hacerla similar a la de los grandes poetas, a diferencia del estatus que éstos tenían en Europa hasta el Renacimiento. Como ayuda para la práctica de la meditación, los pintores chinos crean obras de una belleza extraordinaria en la que los árboles juegan un papel destacado, como en el *Paisaje a la luz de*

⁷ En los instrumentos de cuerda tiene más importancia la madera, su calidad y resonancia que la de las cuerdas que se confeccionan a partir de tripas de oveja o cordero. En el argot de las orquestas se llama "rascas" a los que tocan instrumentos de cuerda como abreviatura de "rascadores de tripa de gato" o "rascadores de tripa". El arco de violines y violas es de madera con pelo de caballo.

⁸ La propia electrónica aplicada a la generación de sonidos trata de emular los más refinados instrumentos contruidos en madera.

⁹ Tengo para mí en este punto que nuestra especie tanto ha conseguido los más altos registros en este arte que pueden acercarla a lo sublime —baste como ejemplo el Adagio del *Concierto para clarinete y orquesta en la mayor K 622* de Mozart—, cuanto, en el extremo opuesto, algunas misérrimas manifestaciones ligadas a la consecución barata del "triumfo" y baladíes cosas por el estilo.

¹⁰ Véase, por ejemplo, el mural de la entrada de Villa de Livia, cerca de Roma, o la célebre *Muchacha cogiendo flores* de Stabia.



Sabina de la isla Cuatoria de Hierro.

la luna, de Ma Yüan, pintado sobre seda hacia el 1200, o el *Paisaje después de la lluvia*, de Kao K'o-kung, de entre 1250 y 1300.

A comienzos del siglo XVI, el pintor Albrecht Altdorfer (Alemania, 1480-1538) se convierte en el primer naturalista de la pintura. Hasta entonces todos los artistas, por mucho amor a la Naturaleza que manifestaran en sus obras, sólo utilizan los árboles y el paisaje como escenario para sus composiciones pastorales o retratos. Por el contrario Altdorfer centra todas sus acuarelas, grabados y el óleo *Paisaje*, de 1532, en la observación directa y la representación del paisaje en el que el árbol es protagonista. Pinos centenarios y rocas son su elemento de inspiración, de la misma manera que Rubens (Alemania, 1577-1640), a comienzos del siglo XVII, aunque no siendo especialista en temas naturales nos deja algunas memorables aproximaciones como el célebre *Paisaje con árbol muerto*, un dibujo de tiza negra y tinta tomado del natural.

Sin embargo, es Rembrandt (Holanda, 1606-1669) el que nos sorprende arrebatando a la Naturaleza en un aguafuerte tres árboles como elemento de inspiración. Estamos, probablemente, ante el más hermoso e inquietante grabado de un paisaje con árboles, que es también el más famoso de los paisajes rembrandtianos: *Los tres árboles*, de 1643. Hablan los expertos de la dimensión metafísica lograda por el artista en esta obra a pesar de la aparente simplicidad. Rembrandt observa el devenir del mundo como nadie lo hizo anteriormente. Este fabuloso grabado nos acerca a la Naturaleza en el inminente proceso de alteración, en el cambiante permanente de su esencia, en la representación inmediata de uno de los elementos menos estables como son los fenómenos atmosféricos. Llega la tormenta. En primer plano los tres árboles disfrutan aún de la claridad previa al azote de la lluvia. La sensación que emana es la urgencia de cambio, del prodigio de la certeza, de la forma en movimiento que nos lleva hacia trazos de vértigo que resultarían difícilmente conseguibles en óleos de gran envergadura.

Influye este grabado de Rembrandt en la obra de otro holandés eminente, Jacob van Ruisdael (1628-1682), que se convierte en el mejor especialista en la pintura de árboles hasta la fecha. Algunos de sus lienzos exploran como nadie lo había intentado las formas y texturas de árboles y bosque y el dramatismo de las nubes, como el célebre *Paisaje con árboles*, de 1655, inspirado en los centenarios árboles próximos a su ciudad, Haarlem.

Por esa misma época pintaba Diego Rodríguez de Silva Velázquez (1599-1660) el cuadro *Vista del jardín de Villa Médici* en Roma. Una obra asombrosa tanto por ser un paisaje en el que los árboles juegan un papel destacado, cuanto por la técnica innovadora que se adelanta 200 años a los impresionistas.

Hasta comienzos del siglo XIX no surge un pintor capaz de devolver al árbol un protagonismo esencial en sus obras. Caspar David Friedrich (Alemania, 1774-1840) llega a la localidad natal de sus padres en Neubrandenburg, Pomerania, en la primavera de 1806 y realiza una serie de dibujos de árboles entre los que *Encina con nido de cigüeñas* se convierte no sólo en una aportación artística fundamental, base de muchas de sus obras posteriores, sino que tiene

repercusiones políticas como símbolo de los valores germánicos en un despertar nacionalista propiciado por la guerra napoleónica. De la misma época son las obras a lápiz *Estudios de roble* y *Estudio de árbol*, donde se pone de manifiesto la relación inevitable de la vida y la muerte por medio de la imagen de un gran árbol erguido pero exánime.

Vuelve varios años después Caspar D. Friedrich a recuperar la imagen de aquellos árboles atrapados por su lápiz en 1806 trazando en óleo sobre lienzo *Paisaje con pueblo al amanecer*¹¹ (1822). Es protagonista de este cuadro una hermosa encina que se convierte en el eje central de la composición donde queda definida la ruptura del artista con la tradición paisajista clásica. Pintó Friedrich otros lienzos con árboles como protagonistas absolutos, como *Árbol de los cuervos* (1822), *Árbol solitario* (1828) y *Roble en la nieve* (1829).

El árbol, accesorio para su extraordinaria habilidad pictórica, se muestra de forma definitiva en la pintura realista de Gustave Courbet (Francia, 1819-1877), en su emblemático óleo *La ruisseaux de la Breme a la sortie de Puits Noir*.

Con el impresionismo llegan grandes creadores que también reflejan en algunas de sus obras el mundo de los árboles. Captando la luz del Mediodía francés en su amplia obra paisajística, Van Gogh (Holanda, 1853-1890) por medio de colores intensos y pinceladas sueltas muestra la exaltación de su propio espíritu creador, como en el *Paisaje con cipreses cerca de Arlés* (1888), donde el campo, los setos y los cipreses reflejan su personal apreciación del paisaje. En el caso de Paul Gauguin (Francia, 1848-1903), durante el exilio creativo de Tahití, en su etapa simbolista, sus pinceles dan a luz el óleo *Árbol grande* (1891), en el que el mundo vegetal no adquiere precisamente el protagonismo que podría desprenderse de su título, sino que da cobijo a una escena isleña con figuras. De distinta manera enfoca el árbol Paul Cézanne (Francia, 1839-1906) en su óleo, *Gran pino* (1889), en el que ocupa la parte central del cuadro un enorme pino que está realizado por el perfilado en negro de su gran silueta que le da un poderoso relieve sobre el resto del bosque que se muestra apenas abocetado, técnica similar a la utilizada en su *Gran pino y tierras rojas*, realizado entre 1890 y 1895, donde Cézanne explora la abstracción en su pintura. O Pierre-Auguste Renoir (Francia, 1841-1920) con sus capacidades mermadas por la enfermedad reumática, cuando era preciso que le ataran a sus dedos los pinceles para poder pintar, este maestro del impresionismo nos deja en sus últimos años algunos retratos de árboles tan deliciosos como las encinas del *Paisaje cerca de Menton*.

A comienzos del siglo xx, Gustav Klimt (Austria, 1862-1918) crea en el friso decorativo para la villa-palacio de un industrial belga conocido como *Friso Stoclet* un motivo central que nos fascina: *El árbol de la Vida y la Muerte*. Corren los años entre 1905 y 1909 y el artista en su

¹¹ Pocas obras en la historia tuvieron tantos títulos como ésta de Caspar D. Friedrich que hoy conocemos como *Paisaje con pueblo al amanecer*, expuesta en 1828 como *Una verde llanura*, volviendo en 1856 al nombre inicial que nuevamente variaría en 1876 para denominarse *Paisaje de Harz al amanecer* y recuperar en 1921 el actual nombre, que de nuevo se quiere cambiar por el de *Mañana en el Jeschkengebirge*.

última etapa decorativa crea con la técnica del temple un árbol basado en los mosaicos bizantinos donde reúne los elementos más importantes de la vida humana en la percepción del artista, la sabiduría, el amor y la muerte.

El artista holandés Piet Mondrian (1872-1944), que llevó el arte abstracto hasta sus últimas consecuencias, crea en su primera etapa, entre 1909 y 1912, una redundante serie de árboles: *Árbol rojo*, *Árbol gris*, *Manzano azulado...* bajo las influencias primero impresionistas y después cubistas.

La simbiosis del hombre y el árbol la encontramos, finalmente, en el cuadro de la artista mejicana Frida Kahlo (1907-1954) en su primera incursión en el surrealismo, el retrato de *Luther Burbank* (1931). El personaje retratado hunde sus piernas en el tronco de un roble y vemos en sección como éste hinca sus raíces en la tierra sobre un cadáver en descomposición. El doctor sostiene con su mano izquierda las cinco grandes hojas de roble entre las que se asoma. Hombre y árbol son más que nunca una misma cosa, un círculo de interdependencia que tiene más de realidad de lo que nos pudiera parecer.